

Pero...De Aquí a Poco.

NO. 1364

**SERMÓN PREDICADO POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

“Jesús le dijo: Tú lo has dicho; pero aún les digo que verán de aquí a poco al hijo del hombre sentado a la derecha del Poder de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo.”
Mateo 26:64. Biblia Americana San Jerónimo.

“Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en la nubes del cielo.”
Mateo 26:64. Reina Valera 60.

Nuestro Señor guardaba silencio ante Sus enemigos en defensa propia a la vez que amonestaba fielmente y declaraba osadamente la verdad. El Suyo era el silencio de la paciencia, no el de la indiferencia; era el silencio de la valentía, no el de la cobardía. Está escrito que “dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato,” y esa afirmación puede aplicarse muy bien a Sus declaraciones ante Caifás, pues allí no guardó silencio cuando se trataba de confesar la verdad necesaria. Si leen el capítulo que estamos analizando, notarán que el sumo sacerdote le conjuró diciendo: “¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios?” A lo cual Él respondió de inmediato: “Tú lo has dicho.” No negó Su condición de Mesías; alegó ser el Prometido, el Mensajero del cielo, Cristo, el ungido del Altísimo. Tampoco negó ni por un instante Su Deidad personal: reconoció y confesó que Él era el Hijo de Dios. ¿Cómo podía guardar silencio si estaba siendo cuestionado un punto tan vital relacionado con Su persona? No los mantuvo en suspenso, sino que declaró abiertamente Su Deidad diciendo: “Yo soy,” pues esas son Sus palabras reportadas por uno de los evangelistas. Luego procedió a revelar el solemne hecho de que pronto estaría sentado a la diestra de Dios, el Padre. En palabras de nuestro texto declaró que quienes le estaban condenando le verían glorificado, y a su debido tiempo comparecerían ante Su tribunal cuando viniera en las nubes del cielo para juzgar a vivos y muertos, según nuestro Evangelio. Vean, entonces, queridos hermanos, cómo son tan claramente expuestas por nuestro Señor Jesús, en unas cuantas palabras, las grandes verdades de nuestra santa religión: alegó ser el Cristo de Dios y el Hijo de Dios, y, por implicación, Su breve declaración habla de la muerte, de la sepultura y de la resurrección de Jesús, y de Su entronización a la diestra de Dios en el poder del Padre, y habla de Su pronta venida en Su segundo adveni-

miento glorioso para juzgar al mundo en justicia. La confesión de nuestro Señor fue muy completa, y dichoso aquél que la abraza de todo corazón.

Tengo el propósito de considerar detenidamente tres palabras o locuciones claves en torno a las cuales se concentra todo un mundo de pensamiento solemne y alentador. La primera palabra es: “*pero*,” y la segunda locución es: “*de aquí a poco*”; sabrán posteriormente cuál es la tercera, pero no en este momento.

I. “Pero,” dijo Cristo, “aún les digo que verán de aquí a poco al hijo del hombre sentado a la derecha del Poder de la virtud de Dios y venir en las nubes del cielo.” Ésta, entonces, es la cuerda de la que vamos a extraer la música. “*Pero*” o “*sólo que*,” son expresiones adversativas que significan que la verdad no es nunca menos segura debido a la oposición. “Pero,” es decir, que la verdad no cederá ni un ápice a pesar de todo lo que digan o hagan en su contra. Jesús se sentará con seguridad a la diestra del poder y en el tiempo establecido vendrá en las nubes del cielo. Detengámonos unos momentos en este importante hecho: que la verdad no es menos cierta debido a la oposición de los hombres y de los demonios.

Observen, primero, que *la condición del Salvador cuando hizo uso de la palabra: “pero” no era ninguna prueba de que no ascendería al poder.* Allí estaba Él, un pobre varón indefenso y macilento que acababa de ser sustraído de la vigilia nocturna y su sudor sangriento. *Era el espectáculo de un sufrimiento manso y humilde,* siendo conducido por Sus captores cual cordero al matadero sin que hubiera uno que dijera una palabra en favor Suyo. Estaba rodeado de quienes le odiaban y había sido abandonado por Sus amigos. Escribas, fariseos, sacerdotes, todos ellos estaban sedientos de la sangre de Su corazón. Un cordero en medio de lobos no es sino un débil símil de Cristo al momento de comparecer ante el Sanedrín guardando un paciente silencio. Y, con todo, aunque Su condición presente parecía contradecirle, Aquel que era el testigo fiel y verdadero habló verazmente cuando testificó: “Pero aún les digo que verán de aquí a poco al hijo del hombre sentado a la derecha del Poder de la virtud de Dios y venir en las nubes del cielo. A pesar de mi vergüenza y sufrimiento presentes, así sucederá.”

Él se asigna ese modesto y humilde título de Hijo del hombre como si fuera el que mejor indicaba Su condición en aquel momento. “Verán de aquí a poco al hijo del hombre sentado a la derecha del Poder de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo.” La humillación de Cristo no ponía en peligro en lo más mínimo Su gloria posterior. Sus sufrimientos, Su vergüenza y Su muerte, no hacían menos cierto que ascendería a Su trono. Tampoco los reparos de Sus oponentes le impedían ni por un instante ocupar Su lugar de honor. Yo deseo que recuerden esto, pues hay

un gran principio involucrado en ello. Hay muchas personas de mente débil que no pueden tomar partido por la verdad perseguida, ni pueden aceptar otra cosa que no sea la forma de religión más popular y de moda. No se atreven a estar del lado de la verdad cuando los hombres la escupen en su rostro y la abofetean y la cubren de desprecio; pero la verdad saldrá victoriosa aunque los cobardes la abandonen y los hombres de falso corazón se opongan a ella. Aunque compareciera sola ante el tribunal del mundo como una culpable a ser condenada—aunque no recibiera nada sino un abucheo universal de execración humana—con todo, si se trata de la verdad, puede ser condenada, pero será justificada; puede ser sepultada, pero resucitará; puede ser rechazada, pero será glorificada tal como le sucedió al Cristo de Dios. ¿Quién se avergonzaría de la verdad en algún momento sabiendo cuán preciosa es? ¿Quién va a temblar por causa de la presente oposición si anticipa qué es lo que pasará con ella? Cuán sublime espectáculo: el varón de dolores comparece ante Sus crueles jueces revestido de debilidad, de pobreza y desprecio, pero al mismo tiempo es heredero de todas las cosas y está destinado a sentarse a la diestra del poder y a venir en las nubes del cielo.

Y no podemos pensar únicamente en Su condición de hombre despreciado y rechazado, pues en el juicio que le seguían era acusado de un grave mal y estaba a punto de ser *condenado por las autoridades eclesiásticas*. Los escribas expertos en la ley declararon que blasfemaba, y los sacerdotes, conocedores de las ordenanzas de Dios, clamaron: “Quita de la tierra a tal hombre, porque no conviene que viva.” El propio sumo sacerdote había dado el consejo diciendo que convenía que Él fuera condenado a muerte. ¿Acaso no es algo muy serio que todas las autoridades eclesiásticas estén en tu contra y que sean unánimes en tu condenación? Sí, en verdad, y puede provocar un gran examen de corazón pues ningún hombre pacífico desea estar en oposición a la autoridad constituida, antes bien, preferiría ser merecedor de una buena palabra de aquellos que se sientan en la cátedra de Moisés. Pero esa no fue la última vez que las autoridades eclesiásticas establecidas estaban equivocadas y gravemente equivocadas. Estaban condenando al inocente y blasfemando en contra del Señor del cielo. Y no era ésta, digo, la última vez que la mitra y la sotana han estado del lado del cruel error; con todo, eso no despojó a nuestro Salvador de Su condición de Cristo, ni le robó Su deidad o Su trono. Sobre ese mismo principio la historia humana trae ante nosotros una abundancia de ejemplos en los que si bien los escribas, sacerdotes, obispos, pontífices y papas condenaron a la verdad, ella no sólo seguía siendo muy segura sino que se volvió tan triunfante como tenía el derecho de serlo. Allá está el varón solitario y en torno Suyo están todos los grandes—hombres de autoridad y reputación, de santidad y de pompa—y

ellos unánimemente niegan que Él pueda sentarse jamás a la diestra de Dios: “Pero, a pesar de todo,” afirma Él, “verán de aquí a poco al hijo del hombre sentado a la derecha del Poder.” Él dijo la verdad: Su declaración ha sido cumplida de manera sumamente gloriosa hasta la fecha. De igual manera Su triunfante carro de salvación habrá de rodar sobre el cuello de clérigos, sacerdotes, pontífices y papas, y la verdad se impondrá—la sencilla verdad de Su glorioso Evangelio—a pesar de todos ellos, y reinará sobre los hijos de los hombres.

Y eso no es todo. En aquel momento nuestro Señor se encontraba rodeado *por aquellos que poseían el poder terrenal*. Pilato prestaba atención a los sacerdotes y Pilato contaba con el respaldo de las legiones romanas. ¿Quién podría resistir tal combinación de fuerzas? La astucia y la autoridad forman una terrible alianza. Uno de los discípulos desenvainó una espada, pero justo en el momento en que nuestro Señor comparecía ante el Sanedrín, ese mismo guerrero caballeroso le negaba, así que toda la fuerza física estaba del lado de ellos. Como hombre, Él estaba indefenso mientras comparecía atado ante el concilio. No estoy hablando ahora del poder omnipotente que la fe sabe que moraba en Él; pero en cuanto al poder humano, Su debilidad había llegado al colmo. Su causa parecía haber llegado al punto más bajo. No había nadie que se alzara en Su defensa, es más, no había nadie que hablara en favor Suyo, pues “Su generación, ¿quién la contará?” Y con todo, a pesar de todo eso, e incluso debido a eso, ascendió hasta sentarse a la diestra del poder, y vendrá en las nubes del cielo. Entonces si llega a suceder alguna vez, hermano mío, que tú seas un solitario abogado de una verdad olvidada, si, en toda tu debilidad y endebles, mi Señor te pusiera alguna vez en medio de los valientes y de los fuertes, no tengas miedo ni tiembles, pues la posesión del poder no es sino una nimiedad comparada con la posesión de la verdad, y quien tiene la razón puede desafiar al poder del mundo sin ningún riesgo. Habrá de vencer y conquistar sin importar que los príncipes y los poderes existentes acopien la fuerza y la astucia que prefieran. Sin embargo, Jesús vence aunque todo el poder esté en contra Suya, y también lo hará la verdad que Él representa pues está dotada de un poder oculto que desconcierta a todos sus oponentes.

Tampoco se trataba simplemente de todo el poder; había *una gran cantidad de rabia furiosa contra Él*. ¡Cómo le habló ese Caifás! “Te conjuro”—dijo—“por el Dios viviente.” Y después que Él habló, rasga indignado sus vestiduras y su ira arde cual fuego; pero el Cristo está muy tranquilo, el Cordero de Dios está impassible, y mirando a Su adversario a la cara, dice: “Pero aún les digo que verán de aquí a poco al hijo del hombre sentado a la derecha del Poder de la virtud de Dios y venir en las nubes del cielo.” Él era fuerte y por consiguiente estaba tranquilo; estaba con-

fiado y por lo tanto estaba lleno de paz; estaba plenamente seguro, y por lo tanto, era paciente. Podía esperar, puesto que creía; y Su profecía era verdadera a pesar de la furia del sumo sacerdote. Entonces si en cualquier momento nos encontramos con alguien que cruja sus dientes contra nosotros, que eche humo de ira, que moje su pluma en la hiel más amarga para denigrar a nuestra santa fe, que sea infatigable en sus violentos esfuerzos contra el Cristo de Dios, ¿qué importa? “Verán de aquí a poco al hijo del hombre sentado a la derecha del Poder.” “Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte,” dice Jehová, y Él promulgó el decreto aunque se amotinaran las gentes y los pueblos pensarán cosas vanas. Muy bien puede reírse aquel que está muy seguro de la victoria.

Sí, pero no fue sólo una persona la que se enfureció. La gente de Jerusalén y las multitudes que habían venido para la pascua, sobornados y azuzados por los sacerdotes y los fariseos, buscaban ardientemente la muerte de nuestro Salvador, clamando: “¡Crucifícale, crucifícale!” Y sin embargo, allí seguía Él, y mientras oía su tumulto y anticipaba su creciente exigencia pidiendo Su sangre, no perdió Su confianza, sino que tranquilamente dijo: “Pero aún les digo que verán de aquí a poco al hijo del hombre sentado a la derecha del Poder.” Contemplan Su perfecta paz interior, y vean cómo la manifiesta mediante una valiente confesión que desafiaba a todos Sus adversarios. “Ustedes pueden ser tan numerosos como las olas del mar; y pueden echar espuma y enfurecerse como el océano en una tormenta, pero el propósito y el decreto de Dios serán cumplidos a pesar de todo; no pueden obstaculizarlos ni impedirlos en lo más mínimo. Para su eterna confusión, verán al hijo del hombre sentado a la diestra del Poder.”

Amados, ustedes saben que después de haber dicho eso nuestro Señor fue conducido ante Herodes y Pilato, y al final fue llevado a la muerte; y Él sabía todo eso, anticipándolo muy claramente, y con todo, eso no hizo que vacilara. Él sabía que sería crucificado y que Sus enemigos se jactarían de que tanto Él como Su reino habían llegado a un fin. Él sabía que Sus discípulos se ocultarían en hoyos y en rincones, y que nadie se atrevería a decir ni una sola palabra por el hombre de Nazaret. Él sabía de antemano que el nombre del Nazareno andaría en boca de todos en medio de un oprobio general y que Jerusalén diría: “Esa causa ha sido aplastada: ese huevo de maldad ha sido quebrado”; pero Él, anticipando todo eso, y más todavía, declaró: “Pero aún les digo que verán de aquí a poco al hijo del hombre sentado a la derecha del Poder de la virtud de Dios y venir en las nubes del cielo.” No puedo dejar de insistir en el texto. Espero no cansarlos con eso pues para mí es música. No me gusta pasar por encima de la palabra “*Pero*” demasiado rápidamente, antes bien, me gusta tomarla y repetirla como un equivalente a “sólo-que,” es decir, que

no habrá contradicción. Su victoria se cumplirá al pie de la letra. Su poder real no corría el menor riesgo y Su triunfo seguro no peligraba en lo más mínimo. Ni siquiera por Su muerte y la consecuente dispersión de Sus discípulos se ocasionó el menor riesgo; pero todas esas cosas obraron juntas para la consecución del propósito divino respecto a Él, y entre más se humilló, más seguro estaba de levantarse finalmente a Su gloria.

Y ahora, amados, así es. El hombre Cristo Jesús fue despreciado y desechado entre los hombres, pero en este momento está sentado a la diestra del poder; toda potestad le es dada en el cielo y en la tierra y por eso nos manda que proclamemos Su Evangelio. No hay un ángel que no cumpla Sus órdenes; la providencia es dirigida por Su voluntad, pues “el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz.” La obra expiatoria está concluida y, por lo tanto, Él está sentado. Su obra está bien hecha, y por tanto, se sienta a la diestra de Dios, en el lugar de honor y dignidad. Vendrá dentro de poco. No podríamos saber cuándo. Podría venir esta noche, o podría demorarse muchos largos años; pero vendrá, en verdad, en persona, pues ¿acaso no dijeron los ángeles a los varones de Galilea, cuando estaban mirando al cielo: “por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.” Él vendrá con sonido de trompeta y acompañado de miles de seres angélicos, todos ellos rindiéndole honor. Él vendrá con flamas de fuego para visitar a la trémula tierra. Él vendrá cubierto con todas las glorias de Su Padre, y reyes y príncipes comparecerán delante de Él, y Él reinará gloriosamente entre Sus ancianos. Los tumultos de la gente y las consultas unidas de sus gobernantes serán recordados en aquel día, pero será para su propia vergüenza eterna. Su trono no será menos resplandeciente.

Yo les ruego que aprendan la lección espiritual resultante de esto. Ya la he señalado y es la siguiente: no tengan miedo nunca de apoyar una causa perdida. Cuando la verdad deba ser confesada, nunca vacilen pensando que están solos. No se dejen intimidar nunca por el fanatismo sacerdotal, no se dejen atemorizar por la furia ni se dejen gobernar por las multitudes. La verdad aunque impopular es eterna a pesar de todo y esa doctrina que hoy es despreciada y desechada como maligna, brinda un honor inmortal al hombre que quiera tomar partido por ella y compartir su humillación. Oh, por amor a Cristo que así arrojó un “*pero*” a los pies de Sus enemigos, síganle doquiera que Él vaya. ¡A través de las fuertes corrientes o de las llamas, en soledad, en vergüenza, en vilipendio, en reproche, síganle! ¡Síganle aun si tuviera que ser fuera del campamento! Aunque cada paso les cueste abuso y escarnio, aún así, síganle; sí, hasta la prisión y la muerte, síganle, pues tan ciertamente como está sentado a

la diestra del poder así también aquellos que le aman y han sido fieles a Su verdad se sentarán con Él en Su trono. Su triunfo y Su entronización son las garantías de la victoria tanto de la verdad como de aquellos que la abracen valerosamente.

Así hemos hecho repicar nuestra primera gran campanada: “PERO.” Que su música resuene por todo el lugar y que cada oído abierto sea embelesado por ella.

II. La segunda campanada es “DE AQUÍ A POCO.” “Pero, de aquí a poco.” Me agrada el sonido simultáneo de estas dos campanas: hagamos que repiquen de nuevo. “Pero, *de aquí a poco.*” El ‘de aquí a poco’ pareciera decirme en resumen que *la gloria principal de Cristo se ubica en el futuro.* ¡Tal vez el resultado no se vea hoy ni tampoco mañana! ¡Tengan paciencia! Esperen un poco. “Su fortaleza sería estarse quietos.” Dios dispone de mucho tiempo, pues Él es el Eterno. Participemos de Su quietud al tiempo que cantamos: “*Pero, de aquí a poco.*” Oh, anhelamos el poder del Espíritu Santo en este momento, pues está escrito que “os hará saber las cosas que habrán de venir.”

Una gran razón por la que los hijos de los hombres que no son regenerados no pueden ver ninguna gloria en el reino de Cristo es que para ellos es cosa de un futuro distante. Sus esperanzas atisban en la eternidad; sus grandes galardones están más allá del tiempo y estado presentes, y la mayoría de los ojos de los mortales no alcanzan a ver tan lejos. Los hombres no regenerados son como Pasión en la parábola de John Bunyan: quieren tener ahora todas sus cosas buenas, y entonces reciben sus juguetes y los rompen y se quedan sin ellos, y luego su postrimería es un triste panorama de lamentación y aflicción. Los hombres de fe saben que no es así y al igual que Paciencia, en la misma parábola, eligen tener sus cosas mejores al final, pues lo que viene al último dura para siempre. Aquel a quien le corresponde el último turno no tiene a nadie detrás y sus buenas cosas no le serán quitadas nunca. El pobre mundo miope no puede ver más allá de su propia nariz, y por eso tiene que tener sus goces y riquezas de inmediato. Para ellos una pronta victoria es lo más importante, y la verdad no es nada. ¿Está triunfando alguna causa hoy? Quítense las gorras y arrójenlas en alto y clamen: “¡Hurra!” sin importar que sea la causa de una mentira. ¿Se inclinan las multitudes en esa dirección? Entonces, amigo, si eres sabio según el mundo, corre con ellas. Arranquen ramas de palmeras, cubran con ellas los caminos, y griten: “¡Hosanna al héroe de la hora!” aunque sea un déspota o un engañador. Pero no sucede lo mismo, no sucede lo mismo con aquellos que han aprendido de Dios. En sus cálculos toman en cuenta la eternidad, y están contentos con ir en el presente con los despreciados y rechazados de los hombres porque recuerdan el ‘de aquí a poco.’ Pueden nadar con-

tra la corriente pues saben hacia dónde se dirige el curso de este mundo. Oh mundo ciego, si fueras sabio enmendarías tu línea de acción y comenzarías a pensar también en el de aquí a poco pues, hermanos, el de aquí a poco pronto estará *aquí*. Cuán corto ha sido el tiempo desde que Adán caminaba en el huerto de Edén. Comparado con la edad de las rocas, comparado con la historia de las estrellas, comparado con la vida de Dios, es como el guiño de un ojo o como el destello de un rayo. Uno sólo tiene que envejecer un poco para sentir que los años se acortan y que el tiempo parezca viajar a una velocidad mucho más rápida que antes, de tal manera que un año pasa volando junto a ti tal cual meteorito por los cielos de medianoche. Cuando seamos más viejos todavía y extendamos la mirada desde las serenas moradas en lo alto, yo supongo que los siglos y las edades serán como instantes para nosotros, pues para el Señor son como nada. Supongan que la venida del Señor se pospusiera unos diez mil años—es sólo una suposición—pero si así fuese, diez mil años pasarían pronto, y cuando el augusto espectáculo de la venida de Cristo en las nubes del cielo sea visto realmente, la demora será como si sólo hubiese transcurrido una hora. El lapso entre el ahora y el entonces, o más bien el lapso entre lo que es “ahora” en este momento y lo que será “ahora” al final, ¡cuán breve lapso será! Los hombres mirarán en retrospectiva desde el mundo eterno y dirán: “¿Cómo pudimos haber pensado tanto en la vida fugaz que vivimos en la tierra si iba a ser seguida por la eternidad? ¡Cuán necios fuimos al darle tanto peso a los placeres momentáneos y fugaces, cuando ahora las cosas que no se ven y son eternas han venido sobre nosotros y no estamos preparados para ellas! Cristo vendrá pronto, y cuando venga, por muy largo que sea el intervalo entre el hoy y el entonces, parecerá ser simplemente nada en absoluto; de tal manera que “de aquí a poco” no es como el sonido de un cañón lejano, ni como el estruendo de un trueno distante, sino que es como el rodar de veloces ruedas que se apresuran para darnos alcance.

“¡De aquí a poco!” “¡De aquí a poco!” ¡Oh, cuando llegue ese de aquí a poco, cuán abrumador será para los enemigos de Jesús! ¿Dónde está Caifás ahora? ¿Conjuraré al Señor para que le responda? ¡Ustedes, sacerdotes, alcen ahora sus altivas cabezas! ¡Pronuncien ahora una sentencia en contra Suya! Allá está sentada su víctima en las nubes del cielo. Digan ahora que blasfema y sostengan en alto sus rasgadas vestiduras y condénenlo de nuevo. Pero, ¿dónde está Caifás? Esconde su culpable cabeza; está completamente confundido y suplica a los montes que caigan sobre él. Y, oh, ustedes, varones del Sanedrín que sesionaron a la medianoche y que con sus fríos y crueles ojos lanzaron miradas feroces a su inocente víctima, y después contemplaron con perversa satisfacción la muerte del Príncipe martirizado, ¿dónde están ustedes ahora, ahora que

Él ha venido con todo el poder de Su Padre para juzgarlos? Ellos les ruegan a los montes que abran sus cavernas y los oculten; las rocas les niegan abrigo. ¿Y dónde estarán ustedes en aquel día; ustedes, que niegan Su deidad, que profanan Su día de guardar, que calumnian a Su pueblo y denuncian Su Evangelio, oh, dónde estarán ustedes en aquel tremendo día que llega tan ciertamente como llega el sol naciente de mañana? Oh, señores, consideren esta palabra: “¡De aquí a poco!” Gustosamente la susurraría al oído del pecador que está fascinado por sus placeres. Acérquense y permítanme que lo haga: *¡de aquí a poco!* Yo la convertiría en la alarma de cabecera del durmiente transgresor que está soñando en la paz y en la seguridad, mientras dormita en su tránsito con rumbo al infierno. ¡De aquí a poco! ¡De aquí a poco! Oh, sí, ustedes pueden chupar la dulzura y comer la grosura y beber cuanto quieran; pero, ¡de aquí a poco! ¡De aquí a poco! ¿Qué harán de aquí a poco cuando lo que es dulce en la boca sea como hiel en el estómago, y cuando los placeres de hoy sean una mezcla de miseria por toda la eternidad? ¡De aquí a poco! ¡Oh, de aquí a poco! Oh Espíritu divino, dignate ahora abrir los oídos indiferentes para que oigan este sonido profético.

Para el propio pueblo del Señor no hay ningún sonido más dulce que el de “de aquí a poco.” “Verán de aquí a poco al hijo del hombre... venir en las nubes del cielo.” ¡Bienvenido, bienvenido, bienvenido, bienvenido, Redentor, Salvador! Bienvenido en todo carácter en que vengas. ¡Qué vítores y congratulaciones se alzarán de las innumerables miríadas de Sus redimidos cuando las enseñas del Hijo del hombre sean visibles por primera vez en los cielos! En una determinada mañana en la tierra, cuando los hijos de los hombres estén “casándose y dándose en casamiento,” y mientras los santos esperan Su advenimiento, ellos percibirán que Él llega efectivamente. Por largo tiempo deseado, ha llegado por fin. Entonces se oirá el sonido de la bocina que irá en aumento y que se prolongará en extremo, produciendo para el verdadero Israel una nota más dulce que la que se haya oído jamás proveniente de alguna trompeta en la mañana del Jubileo. ¡Qué deleite! ¡Cómo se volverán a lo alto los jubilosos ojos! ¡Qué torrentes de bienaventuranza! La opresión se acabó, los ídolos están rotos, el reino del pecado ha llegado a su fin, la oscuridad no cubrirá más a las naciones. ¡Él viene, Él viene; gloria sea dada a Su nombre!—

***“Traigan la diadema,
Y corónenlo Señor de todo.”***

¡Oh, dichoso día de aclamaciones! Cómo rasgarán los vítores la bóveda celeste cuando Sus santos vean por sí mismos lo que estaba reservado para Él y para ellos en el “de aquí a poco.” “Veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo.”

Esa locución “de aquí a poco,” hermanos y hermanas míos, es nuestro mayor solaz en este momento, y quiero presentarla ante ustedes bajo esa luz. ¿Han sido ustedes malentendidos, tergiversados y calumniados por causa de su fidelidad a lo recto y a lo verdadero? No se turben. No vindiquen su propia causa. Refiéranla al tribunal del Rey en lo alto, y digan: “de aquí a poco, de aquí a poco.” ¿Los han acusado de estar locos, de ser fanáticos y no sé de qué otras cosas más porque para ustedes el partido no es nada, el orgullo eclesiástico no es nada y el sello de la opinión popular no es nada; porque están resueltos a seguir los pasos de su Maestro y creer en lo verdadero y en hacer lo recto? Entonces no tengan prisa; el ineludible ‘de aquí a poco’ ha de poner fin al debate. ¿O acaso eres tú muy pobre, y estás muy enfermo, y estás muy triste? ¿Pero le perteneces a Cristo? ¿Confías en Él? ¿Vives en comunión con Él? Entonces la esperanza en el más allá puede muy bien extirpar el aguijón del presente. No habrás de sufrir una larga temporada; pronto la gloria será revelada en ti y en derredor tuyo. Hay calles de oro que son símbolos de tu riqueza futura y hay arpas celestiales que son emblemas de tu gozo eterno. Pronto tendrás vestiduras blancas y las polvorientas ropas del trabajo serán arrumbadas para siempre. Tú tendrás ‘un cada vez más excelente y eterno peso de gloria’; por tanto puedes soportar con paciencia la leve aflicción que sólo es momentánea. ¿Has laborado en vano? ¿Has intentado llevar almas a Cristo sin tener ninguna recompensa? No te alteres, antes bien recuerda el ‘de aquí a poco.’ Muchos obreros, fracasados a los ojos del hombre, recibirán en aquel día un “Bien, buen siervo y fiel” de su Señor. No le den mucha importancia a lo que tengan y no ansíen poseer lo que no tengan. Que el presente sea para ustedes lo que es realmente, un sueño, un espectáculo vacío, y proyecten sus almas al más allá, que es sólido y perenne pues, ¡oh, qué música contiene! ¡Qué deleite para un verdadero hijo de Dios! “Pero, de aquí a poco.”

Casi me siento inclinado a concluir y a enviarlos a casa cantando por todo el camino: “Pero, de aquí a poco.” La gente en la calle podría no entenderlos pero sería un entusiasmo de un deleite perfectamente justificable.

III. Ahora, en tercer lugar, ¿adónde he de buscar mi tercera campanada? ¿Dónde está la tercera palabra de la que hablé? No puedo encontrarla en la versión que comúnmente usamos, y tampoco hay una tercera palabra en el original, y no obstante la locución en la que estoy pensando está allí. La verdad es que la segunda locución que ha sido traducida como “de aquí a poco,” incluye otro significado; les compartiré lo que los estudiosos del griego dicen que es—de la manera más aproximada posible—el significado de esa palabra: “DESDE AHORA.” “Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en

las nubes del cielo.” “*Desde ahora.*” Esa es otra locución y su enseñanza resultante es: *aun en el presente hay señales de la victoria de Cristo.* “Pero”—dirá alguien—“¿acaso Cristo les dijo a esos sacerdotes que desde ahora le verían sentado a la diestra del poder?” Sí, sí, eso es lo que quiso decir. Quiso decir: “Ustedes me miran y me desprecian; pero, señores, ya no podrán hacer eso por más tiempo pues desde ahora verán por ustedes mismos que no soy lo que parezco ser, sino que estoy sentado a la diestra del poder. Desde ahora y mientras vivan conocerán esa amarga verdad.” ¿Y ocurrió así? Sí, se hizo realidad aquella misma noche pues cuando el Salvador murió, un mensajero corrió presuroso hasta donde se encontraban los miembros del Sanedrín y algunas personas más, y les dijo que el velo del templo se había rasgado en dos. En aquel momento, cuando el hombre de Nazaret murió, aquel espléndido tapiz se partió en dos pedazos de un extremo hasta el otro como en una muestra de horror por la muerte de su Señor. Cuando los miembros de aquel concilio se encontraban con sus colegas en la calle y comentaban las noticias, deben de haberse quedado mudos de puro asombro; pero mientras se miraban, la tierra sobre la que estaban se tambaleaba y se tambaleaba de nuevo, y a duras penas podían mantenerse de pie. Ese no era el primer prodigio que los había sobresaltado en aquel día, pues el sol se había cubierto de tinieblas sobrenaturales. Al mediodía el sol había cesado de brillar, y ahora la tierra dejaba de estar firme. He aquí, en la oscuridad de la noche, ciertos miembros de ese concilio vieron también algunos muertos envueltos en sábanas, recién salidos de los sepulcros, caminando por las calles; ‘las rocas se partieron, y la tierra tembló, y se abrieron los sepulcros, y los muertos salieron y aparecieron a muchos.’ Así de pronto comenzaron a saber que el hombre de Nazaret estaba a la diestra del poder.

Temprano en la mañana del tercer día, mientras estaban reunidos, llegó a toda prisa otro mensajero que les dijo: “La piedra de la puerta del sepulcro ha sido rodada. Recuerden que ustedes pusieron vigilancia y que pusieron su sello sobre la piedra. Pero los soldados dicen que Él salió muy temprano esta mañana. Resucitó ese Ser temido a quien entregaron a la muerte, y al verlo los guardas temblaron y se quedaron como muertos.” Ahora, aquellos varones—aquellos miembros del Sanedrín—creyeron ese hecho, y tenemos una clara evidencia de que en verdad lo creyeron, pues sobornaron a los soldados y les dijeron: “Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos.” Entonces la palabra siguió cumpliéndose también y ellos vieron claramente que Jesús, a quien habían condenado, estaba a la diestra del poder. Transcurridas unas cuantas semanas, he aquí, hubo un estruendo en la ciudad y una excitación extraordinaria. Pedro había estado predicando y en un día tres mil personas fueron bautizadas en el nombre

que tanto habían temido; y se les dijo, y les fue comunicado con base en la mejor evidencia, que había habido una maravillosa manifestación del Espíritu Santo, tal como se había predicho en el libro del profeta Joel. Entonces deben de haberse mirado a la cara unos a otros, y deben de haberse mesado la barba, y deben de haberse mordido los labios y deben de haberse dicho unos a otros: “¿No dijo acaso que le veríamos a la diestra del poder?” Debían de recordar con frecuencia esas palabras, y debían de ver su verdad una y otra y otra vez, pues cuando Pedro y Juan comparecieron delante de ellos, quedó demostrado que habían restaurado a un paralítico, y esos dos hombres sin letras y del vulgo les dijeron que por medio del nombre de Jesús el paralítico pudo saltar y andar. Día tras día y en contra de su voluntad estaban continuamente obligados a ver en la propagación de la religión del varón a quien habían entregado a la muerte que Su nombre estaba dotado de un poder que no podían negar o resistir. He aquí, uno de su grupo, Pablo, había sido convertido y estaba predicando la fe que había procurado destruir. Deben de haber estado muy asombrados y disgustados ya que en eso discernían también que el Hijo del hombre estaba a la diestra del poder.

Sí, dices tú, pero, ¿acaso lo vieron viniendo en verdad en las nubes del cielo? Yo respondo que sí. Lo vieron también a partir de aquel momento pues comenzaron a tener en sus mentes presentimientos y tenebrosos pensamientos. La nación judía se encontraba en un mal estado, la gente se iba inquietando, se levantaban algunos impostores y temblaban los guías de la nación pensando qué harían los romanos. Por fin vino un estallido y el poder imperial fue desafiado, y entonces los que todavía sobrevivían comenzaron a entender las palabras de Cristo. Cuando vieron el cometa en el cielo y la espada desenvainada que pendía sobre Jerusalén, cuando vieron a la ciudad rodeada por los ejércitos, cuando observaron a las legiones cavando sus trincheras y levantando sus terraplenes y poniendo sitio a la devota ciudad mientras todo era fuego y hambre en derredor; cuando desde cada torre sobre los muros de la ciudad podían ver a alguno de sus paisanos clavado a una cruz, pues los romanos mataban a los judíos crucificándolos por centenares, y aun por millares, entonces deben de haber comenzado a ver la venida del Hijo del hombre. Y cuando al fin la ciudad fue destruida y una tea encendida cayó dentro del lugar santo, y los judíos fueron desterrados y fueron vendidos como esclavos y no llegaban al precio ni siquiera de un par de zapatos—tantos eran y tan grandemente despreciados eran—entonces vieron al Hijo del hombre venir en las nubes del cielo para vengarse de Sus adversarios.

Lean el significado del texto de esta manera: “Desde ahora veréis al Hijo del Hombre a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del

cielo.” No es todo el significado del pasaje, pero es una parte de ese significado, sin lugar a dudas.

Amados, aun en el tiempo presente podemos ver las señales del poder de Cristo entre nosotros. Adviertan que son únicamente señales; no quiero apartarlos del ‘de aquí a poco,’ pero desde ahora hay señales del poder de nuestro Señor Jesús. Miren los avivamientos. Cómo hacen vacilar a todos los adversarios de Cristo cuando irrumpen en la iglesia. Decían—sí, se atrevían a decir—que el Evangelio había perdido todo Su poder; que desde los días de Whitefield y Wesley no había esperanza de que las masas fueran conmovidas, sin embargo, cuando aun en esta casa ven a vastas multitudes escuchando la palabra cada domingo, y cuando hace unos cuantos meses no se podía construir ningún local que fuera lo suficientemente grande para acomodar a las masas congregadas que buscaban oír a nuestros hermanos americanos, entonces fueron golpeados en la boca de manera que no pudieron hablar más pues fue puesto de manifiesto que el Señor Cristo vive todavía, y que, si Su Evangelio es predicado sencilla y plenamente, seguirá atrayendo a Él a los hombres, y las almas serán salvadas y no serán sólo unas cuantas.

Y miren ustedes en el feliz mundo de afuera, apartado de la religión, cuán abundantes influencias hay que son debidas al poder del Cristo de Dios. ¿Se habría creído hace veinte años que en América no quedaría ni un solo esclavo; que la Italia unificada sería libre de sus déspotas? ¿Habrían podido creer que el Papa se quejaría de ser un prisionero en el Vaticano y que el poder del anticristo sería recortado? No, los prodigios de la historia, aun en los últimos años, bastan para mostrarnos que Cristo está a la diestra del poder. Sin importar qué pudiera venir en el futuro, miren esto, hermanos míos, no será posible nunca sostener la tiranía y la opresión por largo tiempo, pues el Señor Cristo va al frente en favor de los pobres y de los necesitados de la tierra. Oh, déspotas, ustedes pueden hacer lo que quieran, y usar su astucia y su política, si les place, pero en todo el mundo el Señor Jesucristo ha alzado una plomada y ha establecido una norma justa, y Él pintará una raya recta que pasará a través de todo lo que ofende para que sea cortado; y que también pasará sobre todo lo que es bueno y amable, y recto, y justo, y verdadero y todas esas cosas serán confirmadas en Su reino entre los hombres. Yo creo en el reino de Cristo. Reyes, sultanes, zares, todos ellos son títeres, y sus parlamentos y sus congresos no son sino vanidad de vanidades. Dios es grandioso y no hay nadie como Él. Jesús es el Rey en toda la tierra. Él es el hombre, el Rey de los hombres, el Señor de todo. Gloria sea dada a Su nombre. Conforme los años progresen veremos eso más y más, pues Él ha tenido una larga paciencia, pero está comenzando ahora a acortar la obra en justicia. Él está desnudando Su diestra para la guerra y lo que

niega los justos reclamos de la humanidad, lo que pisotea el cuello de la humanidad que Cristo ha tomado, lo que está en contra de Su trono y dominio, se quebrará como se quiebra un vaso de alfarero, pues el cetro en Su mano es una vara de hierro y Él lo usará poderosamente. El Cristo, entonces, da todavía señales de Su poder. Son sólo señales, pero son señales seguras, así como la alborada no nos engaña aunque no sea el mediodía.

Y, oh, permítanme decir que algunos de los aquí presentes son enemigos de Cristo, aunque también ustedes tienen que haber percibido algunas señales de Su poder. Lo he visto sacudir al infiel por medio del Evangelio hasta que ha dicho: “Por poco me persuades a ser cristiano.” Lo ha tomado en el silencio de la noche y ha redargüido su conciencia; en Su gentileza, amor y piedad ha inducido al hombre a pensar y aunque éste no ha cedido por completo, ha sentido que hay un solemne poder que rodea al Cristo de Dios. Algunos de los peores hombres han sido forzados a reconocer que Cristo los ha vencido. Recuerden cómo Juliano dijo al momento de morir: “El Nazareno me ha vencido; el Nazareno me ha vencido.” Que tú no tengas que decir eso en el artículo de muerte, pero oh, que lo digas ahora. Que Su amor te domine por completo, que Su compasión te gane y entonces verás señales de Su poder en tu propia salvación.

Pero debo concluir pues mi tiempo se ha agotado, pero deseo agregar que sería algo bendito si cada uno de los aquí presentes, convirtiéndose en un creyente en Jesús, le viera desde ahora a la diestra del poder y viniendo en las nubes del cielo. Ojalá que pudieran vivir con esa visión plenamente a la vista, creyendo que Jesús está a la diestra del poder, confiando en Él y reposando en Él. Porque sabemos que Él es Jehová, el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla, no debemos tener nunca ninguna duda cuando hagamos lo que es recto. No debemos albergar ninguna duda cuando sigamos a Jesús, pues Él es más que vencedor, y también lo serán Sus seguidores. Sigamos con valentía hacia adelante confiando en Él como el niño confía en su padre, pues Aquel en quien depositamos nuestra confianza es poderoso.

Mantengamos también ante al ojo de nuestra mente el hecho de que Él viene. Pero no sean ustedes como las vírgenes que se quedaron dormidas. Aun ahora mi oído pareciera oír el grito de medianoche: “¡Aquí viene el esposo!” Levántense, ustedes, vírgenes, y no duerman más, pues el esposo está cerca. En cuanto a ustedes, vírgenes insensatas, que Dios les conceda que haya todavía suficiente tiempo disponible para que se despierten incluso ustedes, para que aún cuenten con aceite para sus lámparas antes que Él venga. No sabemos cuándo venga, pero viene pronto. Estén listas, pues a la hora menos pensada viene el Hijo del

hombre. Sean ustedes como varones que velan esperando a su Señor y como siervos que están listos a rendir cuentas, porque el padre de familia está cerca.

En ese espíritu acerquémonos a la mesa del Señor, cuantas veces nos reunamos allí, pues Él nos ha dicho: “Haced esto hasta que venga.” Las ordenanzas externas cesarán cuando Él venga, pues no necesitaremos de ningún memorial cuando el propio Señor esté en medio de nosotros. Prometámosle aquí nuestra fidelidad en la copa. Creemos verdaderamente que Él viene; proclamamos alegremente que Él viene. ¿Es un tema de dicha para ustedes? Si no fuera así—

***“Ustedes, pecadores, busquen el rostro
De Aquel cuya ira no podrían soportar;
Inclínense ante el cetro de Su gracia,
Y encuentren allí la salvación.”***

Que Dios los bendiga por Jesucristo nuestro Señor.

Porción de la Escritura leída antes del sermón—Mateo 26:47-75.

Nota del traductor:

Como se sabe, el texto de este sermón sigue la versión King James en inglés. Con el objeto de traducirlo de manera directa sin que tener que retorcer los textos, utilicé la traducción que se encuentra en la Biblia Americana San Jerónimo, que es la edición totalmente revisada de la Biblia del Padre Felipe Scío de San Miguel. Aunque dicho autor tuvo en cuenta principalmente la traducción de San Jerónimo, también usó los manuscritos y códices que se encontraban en la Real Biblioteca del Escorial.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

**Sermon #1364—Volume 23
NEVERTHELESS, HEREAFTER**